

# Antonio Tabucchi en la UNAM

Mauricio Molina

*En 1999, de visita por nuestro país, y después de dar una conferencia en el teatro Juan Ruiz de Alarcón del Centro Cultural Universitario, Antonio Tabucchi, fallecido recientemente, sostuvo esta conversación con el escritor mexicano Mauricio Molina. Entre la evocación de la infancia, la política como tema literario y sus obsesiones —la alteridad, los dobles, la multiplicidad de las almas—, el autor de *Sostiene Pereira*, *Sueños de sueños* y *Nocturno hindú*, entre otros, nos presenta su visión de la literatura.*

El escritor italiano Antonio Tabucchi (1943-2012) es sin duda uno de los autores más relevantes de la literatura contemporánea. El enigma del individuo, la multiplicidad de las personas, las máscaras que coexisten en eso que difusamente llamamos Yo, constituyen las constantes más perdurables de su obra. Novelas como *Nocturno hindú*, *La dama de Porto Pim*, *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro* y *Sostiene Pereira*, colecciones de relatos como *El juego del revés* y *El ángel negro*, así como ensayos biográficos sobre la vida y la obra del poeta lusitano Fernando Pessoa, como *Un baúl lleno de gente*, nos revelan a un autor que ha descubierto un mundo propio el cual ha explorado con los ojos del lenguaje y la imaginación. En su obra Tabucchi ha indagado la multiplicidad del ser. La alteridad y la posibilidad de ser múltiples personas impregnan algunas de sus mejores páginas. *Nocturno hindú*, por ejemplo, cuenta la búsqueda que hace el narrador de un personaje que acaso no exis-

ta, acaso sea su doble, acaso sea nadie. Ubicada básicamente en Bombay, y salpicada de referencias esotéricas, la novela nos ubica en la atmósfera refractaria de los sueños, donde no hay una interpretación unívoca de los acontecimientos, sino una muy sutil indagación acerca de la alteridad radical. *Sostiene Pereira*, quizá su mejor novela, ubicada en el Portugal fascista de la dictadura de Salazar, el mismo que habitó el enigmático poeta Fernando Pessoa, nos presenta una historia donde la indagación metafísica acerca de la personalidad se combina con la intriga política para otorgarnos un *thriller* maravillosamente bien resuelto. Hay que recordar que la novela fue llevada al cine y su protagonista principal fue nada menos que el entrañable actor italiano Marcello Mastroianni, que ofreció una de sus más memorables actuaciones.

Gracias a escritores como Tabucchi observamos el rostro múltiple de nuestro tiempo, en el que conviven

los sueños utópicos con las más grandes atrocidades, el genocidio y lo sublime, la crueldad y los más elevados ideales humanos.

Tuve la oportunidad de encontrarme con Antonio Tabucchi el día 11 de marzo de 1999 en la cafetería del Hotel Camino Real de la Ciudad de México, donde se hospedaba. Sencillo, alegre, tremendamente generoso, Tabucchi evocó su infancia, hizo un recuento de sus obsesiones literarias, de sus aficiones, y habló de política:

Mi infancia transcurrió en la posguerra —*nos cuenta Tabucchi, mirando hacia un punto perdido entre un vaso de coca cola con hielo y un remoto poblado ubicado en su memoria*—, en un pequeño poblado de la Toscana costera, una región de tradición republicana, garibaldina, anarquista, comunista y socialista. Mi abuelo combatió en la Primera Guerra Mundial y tuvo grandes problemas con el gobierno fascista a causa de sus ideas políticas. *Plaza de Italia* es un poco la novela de mis raíces y de las historias que mi abuelo me contaba: los anarquistas de la Toscana, los republicanos, el fascismo, la persecución a causa de las ideas. Ése fue el humus donde crecí. Era una familia un poco patriarcal, y yo era el único hijo de la familia. Mi abuelo tenía historias magníficas; a menudo me decía: “es cierto que nunca me gustaron los fascistas; pero el gran problema era que yo tampoco les gusté nunca a los fascistas”.

*El filósofo alemán Walter Benjamin planteó en uno de sus textos clásicos que la estetización de la sociedad conducía al fascismo. ¿Cree que el tema del fascismo sigue presente en la actualidad?*

El fascismo es una tentativa de estetización de la sociedad. Lo que ocurre en nuestros días, me parece, es una estetización de la sociedad más cursi, menos aristocrática. El fascismo clásico de los años veinte y treinta intentó una estetización aristocratizante de la sociedad. Ahora lo que hay es un fascismo que busca una estetización cursi, más baja de la sociedad, pero la intención hace un poco lo mismo que antes: una estetización que pasa a través de la imagen sometida por el dinero, por el culto de la persona entendida como máscara, por los medios masivos de comunicación, por cierto estilo de vida, por todo un humus y un panorama en el que el individuo ya no es lo que es, sino lo que debe ser: una representación, y esto es una forma de estetización de la sociedad y de fascismo.

La barbarie, la violencia se presentan en las fisuras que este tipo de sociedad presenta. Cuando hace falta algo, interviene la violencia, porque es evidente que construir una sociedad completamente plana, igualitaria en el mal sentido, en un pseudoigualitarismo, también necesita, por lo tanto, de una forma de violencia.

*A lo largo de su obra usted ha realizado una extensa indagación sobre el tema del doble, ¿podría decirse que se trata de una especie de obsesión personal?*

Sí —responde tajante—: como usted sabe, el doble es un problema que comienza a nacer en el siglo XIX. Otto Rank comienza a estudiar a Hoffmann, y después a Dostoievski. Pero creo que el siglo XX, sobre todo, más que el tema del doble supone el tema del otro, de la alteridad. Esto comienza con Rimbaud cuando enuncia su frase misteriosa *j'est un autre*: yo es otro. El problema de la alteridad es algo que preocupa a todo el siglo XX, a gente como Pirandello, Pessoa, Machado, para sólo mencionar algunos.

Cuando Freud comienza a dividir la personalidad, me parece que se da un gran enriquecimiento respecto a la idea de una sola alma cristiana, única, totalitaria, que se fracciona en el siglo XX. Tenemos muchas almas.

*En su novela Nocturno hindú ha expresado las relaciones entre el yo y lo otro, entre el individuo y la posibilidad de ser múltiples personas. En Sostiene Pereira, la idea de estar habitado por muchas almas es muy importante, ¿qué nos*



Antonio Tabucchi

*puede decir de esta confederación de ánimas que habitan la dudosa unidad del ser?*

La idea de la confederación de almas, tal y como la expongo en *Sostiene Pereira*, es una idea médico-filosófica que aparece en Francia a principios del siglo XX y que interesó muchísimo a escritores y artistas; Pirandello es un ejemplo y también Pessoa, quien en su diario anotó una lista de estos médicos. Eran filósofos-médicos-naturalistas que tenían una visión bastante compleja del ser humano. Naturalmente esta teoría no tenía una estructura científica, y fue rápidamente sustituida por el ascenso del psicoanálisis. A pesar de todo, ha ejercido cierta fascinación en la inteligencia de la época.

Sin poseer una sintaxis científica muy clara, me parece que posee un cierto espíritu del siglo XX tan legítimo como el psicoanálisis, que en el fondo tiene que ver con la multiplicidad del individuo y de lo humano. Esto me parece una de las características, de las constantes que la literatura ha puesto en evidencia en el siglo XX, cosa que no había ocurrido antes. Esta idea de la multiplicidad y del doble comienza a forjarse a fines del siglo XIX. En parte, y lo afirmo con todas las reservas, esto se puede interpretar como un retorno del paganismo clásico, que comenzaría a darse gracias al interés,

por ejemplo, de cierta cultura europea por el panteísmo y en general por toda la cultura helenística.

Además, y por otra parte, hay otros factores que provocan esta reaparición de la multiplicidad del alma humana que no responde más a la diversidad de un mundo que lejos de simplificarse se complica. Por lo tanto, esta alma monolítica, judeocristiana, no corresponde ya a las inquietudes que el hombre moderno empieza a sentir. La modernidad se exagera en el siglo XX al tiempo que las cosas se van complicando y en tanto que la realidad misma se fragmenta. Y ahora la noción de que el individuo no es uno, sino múltiple es una idea mucho muy importante para la literatura del siglo XX. Estas personalidades hacen su aparición no simultáneamente (porque de ser así estaríamos hablando de esquizofrénicos), sino como una especie de serie, de sucesión.

*Pessoa auguró, lo mismo que Nietzsche, un retorno de los dioses. ¿Podemos pensar entonces que esta reaparición de lo múltiple incide directamente, más allá de la literatura, en nuestra noción de individualidad?*

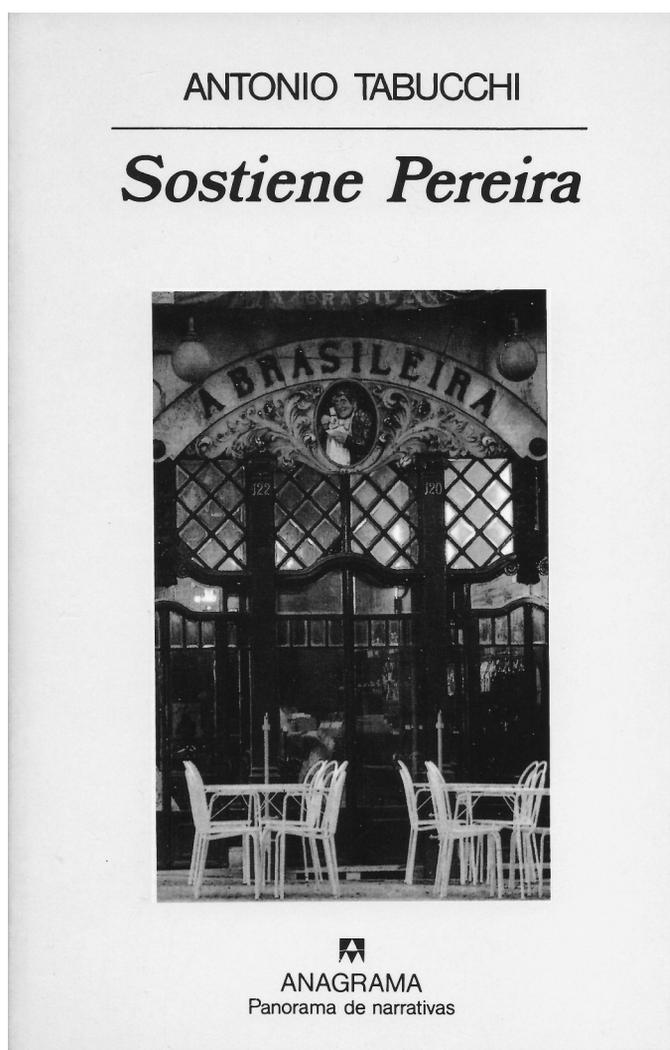
Yo diría que una de las grandes contribuciones a esta idea la dio la antropología. Piensa por ejemplo en el siglo XIX: la edad de oro del colonialismo, cuando había una cultura hegemónica, que era la cultura occidental, monolítica y cerrada, que llevaba aparejada, además, la idea judeocristiana de la unidad del alma y del mundo. Pues bien, la antropología pone en crisis esta idea cuando comienza a estudiar las culturas distintas al mismo nivel que la cultura hegemónica. Por ello, la cultura hegemónica comienza a perder la brújula y comienza a titubear. Ésta es una gran contribución. Según lo que pienso, la antropología ha tenido una función importantísima en este cambio de perspectiva.

*...Y esto ha cambiado también nuestra noción de personaje.*

Naturalmente, porque el personaje literario consumado es también el resultado de una serie de ideas culturales. Es como si se tratara de un recipiente dentro del cual se mezcla una serie de componentes.

*Después de las grandes aventuras límite de la literatura, después de Joyce, Proust, Kafka, Broch, parece que a últimas fechas se ha dado un regreso a la anécdota, a la historia clásica.*

También la novela se modifica; no podemos decir que las novelas que se escriben ahora sean iguales a las novelas del siglo XIX, a la manera de Balzac o de Tolstói, porque también se ha modificado epistemológicamente el cerebro del hombre. Sabemos que hay un relativismo actual que choca con la dominación absoluta del escritor del siglo XIX, que parecía tener un panorama de trescientos sesenta grados. Ahora el escritor sabe que su mirada se puede detener en ciertos deta-



lles, pero la totalidad es inapresable. Esto implica un cambio sustancial.

Sin embargo, también hubo una ilusión un poco sencilla, un poco simple, arrogantemente plana yo diría, de ciertos personajes que aparecieron en los años cincuenta del siglo XX y decretaron una mañana la muerte de la novela.

*El nouveau roman...*

Sí, llegaban y de pronto simplemente decían: “ahora les otorgamos la muerte de la novela”. Nada muere y nada nace de nuevo. La literatura continúa. Lo que me gusta más es que no se puede saber cuáles serán las caras y los aspectos que la novela vaya a asumir en el futuro. Me parecen un poco ridículos los coloquios académicos que se hacen sobre el futuro de la novela. A veces me preguntan: “Oye, Tabucchi, ¿cuál es el futuro de la novela?”. Y yo les contesto: pregúntenle a la novela, será el futuro que a ella le parezca, porque la novela, es preciso decir, es una criatura un poco independiente, que no obedece a sus autores.

*En sus obras más recientes ha aparecido el tema de la política. Es como si una nueva alma de Tabucchi se hubiese manifestado. Desde Nocturno hindú a Sostiene Pereira ha pasado de una literatura de corte un poco más oscuro, gótico diríamos, a una literatura más social.*

Sería arrogante y tonto decir que soy fiel a mí mismo y que no he cambiado en veinte años. (*Esboza una sonrisa de complicidad dirigida hacia un punto perdido en el espacio*). Es importante ser fiel a los propios errores. Cada libro pertenece a una época de nuestras vidas y está muy ligado a los sentimientos, a las opciones, a las ideas, incluso a la cotidianidad que se ha vivido en aquel momento. Claro que hay algunas constantes; por ejemplo, si una persona tiene una nariz aguileña la va a seguir teniendo a lo largo del tiempo. No puedo negar que en ciertas novelas hay argumentos y temas que me interesan más ahora, o que me han interesado en otras épocas de la vida.

Por ejemplo, podría decir una cosa: digamos que a mi poética le han interesado muchísimo en cierto momento los avatares un poco misteriosos —y podría decir metafísicos— de la personalidad humana. *El juego del revés*, *Nocturno hindú* y los *Pequeños equívocos sin importancia* serían los ejemplos más acabados de esto. En cierto momento abandoné esta poética de la que no reniego, que me sigue interesando y a la cual posiblemente volveré —para ser fiel a mi nariz aguileña—. Sin embargo, me ha enfadado el surgimiento de una moda en Europa en que hacer metafísica en la novela era como el aire del tiempo. No quiero decir nombres ni ser polémico, pero surgían en Italia, en España y no sé dónde múltiples novelas de este tipo. Cuando ciertos temas se



vuelven de moda y hay un epigonismo tan evidente, es mejor buscar otros aires, porque ya hay mucha gente que se interesa en aquello. Me gusta mucho escribir sobre el destino de las personas, pero si esto se hace para la sala de espera de un dentista, ha dejado de interesarme.

*Hay una inautenticidad, una repetición, un kitsch de la metafísica.*

Exactamente. Y bueno, sin renegar de esta poética, como le decía, también me parecía que merecían espacio ciertos temas del alma humana, por ejemplo la actitud del individuo frente a la violencia, la tortura, el abuso, como sucede con Laughton en *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*, que también es un personaje que debate el tema de los derechos humanos sin renunciar a unas peculiares ideas metafísicas y complejas de la personalidad.

*Esto nos llevaría a una pregunta obligada, aunque un tanto pasada de moda: ¿dónde se encuentra el compromiso del escritor? ¿Cabe esperar que quede todavía alguno?*

Compromiso político en el sentido sartreano no, no puede haberlo, porque esto implicaría simplemente alistarse desde un punto de vista ideológico, y hoy sabemos que las ideologías son más frágiles de lo que pensaban nuestros precursores. Sin embargo, si hablamos de un compromiso ético, sí, sin duda, y si se quiere alargar un poco la palabra *ética*, es evidente que contiene algo de política, pero no se trata de una política inmediata, de carácter ideológico, aunque se trata de una opción, de una elección. Porque hay quien desprecia al hombre y hay quien prefiere defenderlo, y ésta me parece la mejor opción política y ética.

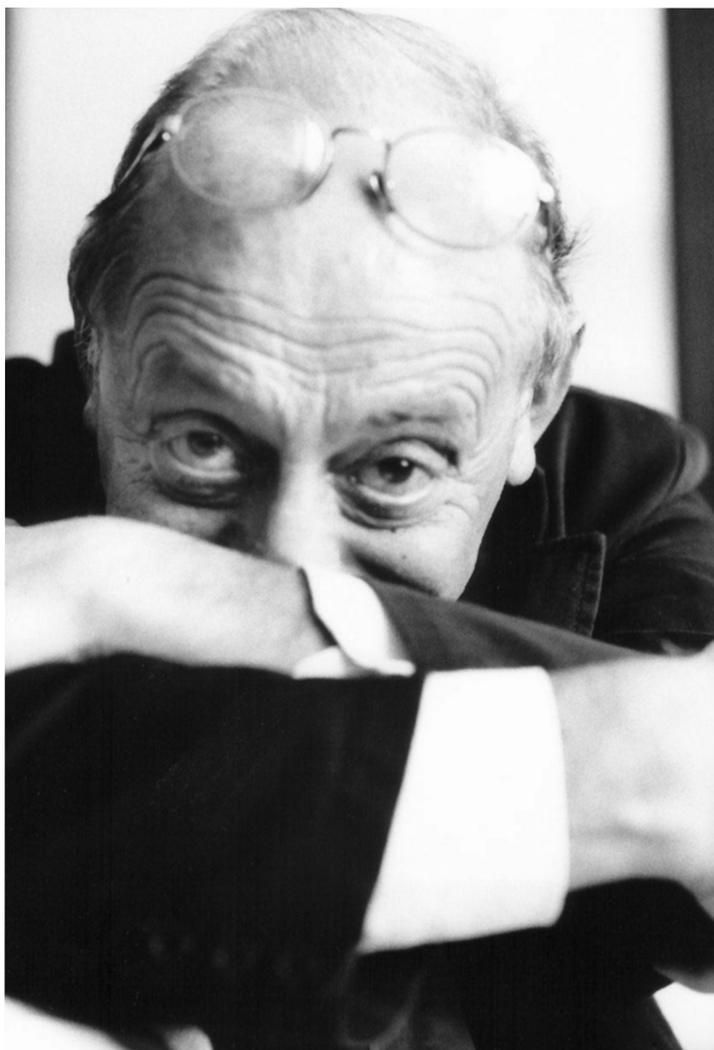
*¿Qué consejo le daría a un escritor que comienza a escribir?*

Muchos escritores jóvenes me escriben, me envían sus manuscritos. Yo les diría una cosa: es muy impor-

tante el talento para el escritor; si un escritor no tiene talento, es inútil, es una cosa que se siente como el dinero verdadero y el dinero falso —*en ese momento golpeó la mesa, tratando de sacar un sonido especial a la madera*—. Pero también les daría un consejo de humildad, porque escribir es un poco una dádiva, un don de los dioses, y la inspiración es fundamental, y también es necesaria mucha paciencia y trabajar mucho, pasar muchas horas sentado en una silla; por lo tanto les digo: el cielo es importante, pero la silla también. Y después les recuerdo que tienen que visitar el taller de un carpintero, especialmente al final del día, y hay que observar en el piso el aserrín que se ha acumulado por la mano del carpintero para llegar al pequeño lápiz sobre el cual ha trabajado todo el día.

*Al anochecer, reflejándose en el espejo de la cafetería, visitado por todos sus dobles, Tabucchi habló de su forma de trabajar:*

Ando con mi cuaderno en el bolsillo, y esto me da mucha libertad, ya que puedo trabajar en el parque, en el autobús, en el café, pero es importante que si una persona quiere escribir busque un lugar muy cómodo, que se siente en un cafecito. La literatura, la escritura, es una cosa muy solitaria, da mucha soledad. Me gusta escri-



bir en compañía, escuchar la voz de las personas, sin escuchar, claro, porque si uno escucha ya se distrae. Pero este ruido que estamos escuchando ahora (*mira a su alrededor*), aquí, es muy agradable, ¿no?, porque es la vida, la vida de las personas: tienen sus problemas, están discutiendo, están viviendo, ¿no?

*Qué piensa de la desaparición del escritor, de lo humano tras el texto, como postulan ciertas corrientes académicas postestructuralistas.*

Me hace sospechar y me deja con muchas dudas esta operación de limpiar los textos, como cuando se lava el dinero de la mafia. Me parece que es muy importante estudiar objetiva, críticamente un texto, pero nunca hay que olvidar a quien lo escribió y que también es producto de una época y de una sociedad en la cual este hombre vivió.

Según mi opinión, esto de separar el texto de quien lo escribió es una especie de *Weltanschauung*, un estado de ánimo contemporáneo, que surge de una lógica matemática, de causa y efecto, que claro, conduce, lleva a una conclusión, pero es un conocimiento muy limitado, porque no conoce el antagonismo ni la paradoja, y una forma de conocimiento que no sospecha la paradoja es una forma de conocimiento muy limitada. La forma, digamos, equívoca, de leer una fachada y sospechar de inmediato su reverso es una forma de conocimiento menos científica, si se quiere, pero me parece mucho más creativa.

Pienso que la escritura, la literatura, es la conjunción de la memoria individual y la memoria colectiva, y la literatura aísla el testimonio y el depósito de la memoria de los hombres. Si sólo tuviéramos los testimonios de archivo, ¿qué tendríamos? Tendríamos una cosa seca, estéril, que no hablaría a nadie porque sería un documento. La historia de los hombres, la historia que nosotros conocemos, es rica porque hay las suposiciones, los cuentos, el quién, el cómo, en qué circunstancia se dijo tal o cual cosa: es como un río que corre.

Esos estudios esterilizados, sin microbios, no molestan a nadie, pero a mí me parece que una de las tareas de la literatura es también la de molestar un poco, ¿no le parece?

*(Los ojos de Tabucchi se detienen de nuevo en un lugar perdido. De pronto lo asalta una idea).*

El poder en general, lo que mueve a la sociedad, hace que parezca que el hombre se pueda resolver con unas cuantas ecuaciones, pero el hombre es una criatura deseante sobre todo. La literatura es una gran forma de deseo, toda manifestación artística es deseo. La religión, incluso, es una forma de deseo. Resulta claro que si se acaba el deseo, el hombre deja de existir. El hombre es la criatura más deseante del mundo. **U**